

Tutti-frutti

La vieja me obligaba los domingos a visitar al abuelo Alfonso a Ituzaingó. Ella me acompañaba a la estación del Sarmiento contra mi voluntad, sacaba el boleto de ida y vuelta y me mandaba solito, sin importarle que me pudiera pasar en el trayecto, algo que hoy no haría ni borracho ni drogado con ninguno de mis hijos. El abuelo se había quedado viudo y un sentimiento de culpa le carcomía el corazón al ver que su papá se venía abajo cada día que pasaba, pero tanto no le importaba ya que me enviaba a mí como su embajador, mientras ella se iba al cine con sus amigas. Alicia, su hermana mayor, también iba a la misma hora con mis primos Jorge y Danielito, ella no los dejaba ir solos, ellos no estaban solos ni un momento. Mi tía siempre hacía acotaciones que nunca pude calificar como positivas o negativas sobre mi persona. “Vieron lo hombrecito que es Carlitos” “Vieron que responsable que es su primito” y una sarta de pelotudeces que repetía cada domingo por el solo hecho de que mi madre me hacía viajar como una encomienda en el tren hacia Ituzaingó. La bronca de mis primos, cuando ella me ponía en el candelero, no tenía disimulo, principalmente la de Danielito.

Al ver que nuestras caras de aburrimiento nos llegaban hasta el piso, nos reunía en la mesa del living, repartía unos lápices gastados o unas lapiceras mordidas y un par de hojas que arrancaba de un block y nos ponía a jugar al Tutti-frutti. Jugar al Tutti-frutti, para mí era el mayor castigo que me podían infringir, prefería que me pusieran en penitencia, que me mandaran a la cama sin postre o que me pusieran a rezar cien padre nuestros, pero jamás quería jugar al Tutti-frutti. Mi difunta abuela, una tremenda mujer, tremenda no solo por su contextura física, sino por su pasión por la educación, tenía el berretín de valerse en la escuela donde enseñaba lengua de este maldito y estúpido juego para que los chicos pudieran desarrollar su limitado lenguaje.

Los cinco nos ubicamos en las cuatro aristas de la mesa y a mí siempre me tocaba tener a Danielito a mi izquierda, cubriendo mi hoja con el antebrazo para que no se copiara.

Con Jorge, el mayor, siempre hubo buena onda, él me quería, siempre me regalaba las revistas Patoruzito que ya había leído, en cambio, Danielito era un reverendo hijo de mil putas para calificarlo de una manera directa e irremediable. Él se la había agarrado conmigo y no existía una vez en la que nos juntáramos que alguno de los dos terminara llorando o en el mejor de los casos con un ojo en compota. Jorge, siempre trataba de separarnos pero el muy turro tenía todas la habilidades que un atorrante puede adquirir cuando se cría como un vagabundo en la calle. Pero no era el caso de ellos, ya que ambos hermanos iban al mejor de los colegios del barrio de Belgrano y mis tíos, por su buen pasar, eran sin lugar a duda gente de la alta sociedad.

—Hoy vamos a jugar con: nombres propios, colores, ciudades, animales, oficios y adjetivos calificativos —marcaba la pauta del juego mi tía Alicia.

—¡Bueno comencemos! —dijo el abuelo Alfonso mientras comenzaba a recitar el abecedario sin emitir sonido.

—¡Basta! —gritó Danielito.

—Vamos con palabras con “P” —aclaró.

Todos nos pusimos a escribir como perros atolondrados ante el cacharro de comida recién puesto.

—¡Basta terminé! —gritó Jorge, que era el más despierto de los tres primos.

A mí me faltaban por lo menos cuatro palabras y... ¿mi primo había completado la serie? Yo sospechaba que tenían todo arreglado con mi abuelo, mi tía y mis primos, por detrás para ponerme en ridículo.

—¿A ver? —les dije.

—Pedro, Púrpura, París, Perro, Policía y Precioso —enumeró mi primo mayor casi de memoria.

—Pepe, Perú,... —arrancó diciendo Danielito

—¿Perú? ¡Pero Perú no es una ciudad, es un país! —lo interrumpí.

—¿Y “Puto” no es un adjetivo calificativo? —me retrucó matándose de risa.

—¡Buenoooo! ¡Bueno! ¡Bueno! —se enojó el abuelo tratando de poner orden.

Cada uno dijo las palabras correctas, sumando diez puntos por las originales y cinco si la palabra ya había sido elegida por otro participante. Yo había sumado quince mugrientos puntos mientras todos mis contrincantes ya tenían más de cuarenta. Más allá que a mí no me salían las palabras cuando me apuraba con el juego del Tutti-frutti, yo sabía que ese juego iba a ser la raíz de las peleas reiteradas de los domingos. Nunca supe, porque no jugábamos a las cartas, o al ta-te-ti, ellos siempre estaban obsesionados con jugar al Tutti-frutti y eso me ponía de mal humor desde el mismo momento en que apoyaba el culo en el asiento del Sarmiento.

—¡Vamos de nuevo! ¡Pero sin asquerosidades ni malas palabras! —ordenó mi tía Alicia.

—¡Arranco! —anunció el abuelo, mientras balbuceaba letras que no comprendíamos.

—¡Basta! —gritó Danielito.

—Vamos con palabras que empiecen con la letra “C” —indicó el abuelo.

—¡Basta terminé! —vociferó Jorge hinchando el pecho en menos de quince segundos.

Yo no entendía como podía escribir tan rápido, apenas pude escribir “Carmen, Colorado y Cancún” y mi primo mayor escupía palabras como una ametralladora trabada.

—Clotilde, Celeste, Córdoba, Comadreja, Carpintero y Cómico —
leyó Jorge con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo estaba más que sorprendido con su inteligencia hasta que le tocó el turno a su hermano menor.

—¡Yo tengo cuatro! —arremetió Danielito mirándome tentado de costado—Carlitos, Cerdo, Chillón, Cornudo y Cagón.

Mi instinto asesino me ordenó pegarle un codazo sin compasión en medio de la trucha haciendo que empezase a salirle sangre a borbotones.

—Dijimos sin malas palabras! ¡Carajo!—gritó el abuelo Alfonso pegando un puñetazo sobre la mesa.

Mi tía Alicia me dijo que era un animal y un inadaptado y se fue espantada cargando a mi primo bajo el brazo a limpiarle la nariz al baño. Tardaron como media hora y se encerraron en la pieza. Mi abuelo también se encerró en la pieza. Solo se escuchaba el gemido de mi primito a la distancia. Aunque por esos tiempos yo era un chiquilín pude darme cuenta de que mi tía Alicia alimentaba inconscientemente su odio hacia mí o tal vez hacia su hermana, que nunca estaba presente, que lo alimentaba todo el tiempo, no solo los domingos y su forma de expresar todo el odio que nos tenía era jugando al Tutti-frutti.

En la mesa del living nos quedamos solo Jorge y yo. Él hacía dibujitos en la hoja de su partida y se reía para adentro. Yo estaba arrepentido, quería pedirle perdón, aunque pensándolo bien quería ir hasta la estación de Ituzaingó, volver a casa y nunca más visitar a mi abuelo Alfonso. Jorge, de pronto, levantó la vista y me guiñó un ojo. Yo sabía que él se daba cuenta de todo lo que estaba pasando en nuestra familia, él era el único que me respetaba y me quería, por eso me regalaba sus revistas viejas.

—¡Hiciste bien! ¡Estaba haciendo trampa! —me dijo cómplice —mi hermanito no sabe lo que dice. “Cornudo” no es una profesión.